

FRANCISCO ROMERO, *Vieja y Nueva Concepción de la Realidad*, Bs. As., 1982; p. 22.

Partiendo de la crisis de la psicología que cobró fuerza a través de la ruptura con la posición atomística nacida del pensamiento de Hume y en la cual aquella se encontraba a fines del siglo XIX y en los primeros años de nuestro siglo, bajo la codificación de Guillermo Wundt para cimentarse como nueva ciencia de la "Gestalt" o de la forma o estructura, Romero se apoya en la convicción de que bajo esta crisis se esconde todo un cambio de cosmovisión. Lo que fue quedando atrás es el imperio de la razón estricta que domina toda la Edad Moderna a través, por ejm., de Descartes y Leibniz, y que llegó, en el campo psicológico, hasta Stuart Mill y Taine, señor del positivismo.

Conocemos la errónea posición de la psicología atomística, que considera como verdad evidente el hecho de que la psique se conforma y explicita a través de unidades psíquicas elementales que buscan unirse o asociarse según determinadas leyes.

Esta concepción logró extenderse peligrosamente hasta los conceptos del hombre, de la sociedad y de la historia.

Subraya Romero que la citada crisis de la psicología, no se da sólo en este campo sino que, como vemos, cala mucho más hondo, ya que al dejar de lado la concepción de la realidad moderna que dominó hasta casi nuestro tiempo, se hace sentir el aire fresco de una total renovación a través de una nueva concepción de la realidad.

Si bien no es posible aún, adelantar qué nueva concepción reemplazará a la anterior, en el espíritu de occidente, se puede indicar que apunta hacia el sentido de la mutación.

Poco a poco, se va tomando del contorno, del ambiente, de la época, del terreno uno sobre el que crece la filosofía y las demás ciencias, esas nociones primeras y tan importantes que aplican la materia prima, las grandes categorías, a una honda revisión.

Aparece, también dentro de la psicología, una nueva forma de acercarse más a las cosas, al tiempo que agudas críticas de Guillermo Dilthey y de Bergson respecto al carácter siempre hipotético de la psicología de Wundt en el primero, y a la artificial interpretación cuantitativa de instancias de pura cualidad, en el segundo.

Despejado el camino, se inicia el nuevo trayecto que inaugurará, entonces, la nueva concepción de estructura, forma, "Gestalt".

El vuelco es revolucionario. El personaje principal deja de ser el átomo psicológico para ser ahora la estructura psíquica, la cual es mucho más real porque sus leyes y modos de comportamiento son irreductibles y abren, por sí mismos, multitud de problemas inéditos.

El interés se concentra así sobre las instancias sintéticas, sobre la complejidad de la misma experiencia para entenderla, en vez de tratar de resolver los problemas que plantea en forma imaginaria y utópica como hasta ahora. Y es que la estructura agrega algo que, aunque no estaba patente en las partes, sí lo estaba en forma latente ya que sólo aparece mediante la conjunción de las partes. Se llega a la conclusión que estaba en ellas como potencia o capacidad, como un atributo existente de antemano en las partes de colaborar a la aparición de esa novedad que estalla en la estructura. Tal potencia o posibilidad admitida en las partes no funciona sino en la estructura.

Dice brillantemente nuestro autor en una página de esta obra: "Ha sido la visión del mundo de nuestro inmediato antepasado el hombre "moderno", del hombre que frente al "contemplar" del hombre antiguo, y contra el "esperar" del hombre medieval, promulgó el evangelio del "hacer". Este "hacer" que cree en el paralelismo entre las leyes de la realidad y las de nuestra razón supone como natural y lógica la formulación matemática de la experiencia, formulación que, asegura, puede llegar al fondo del ser de las cosas que duerme bajo las diversas máscaras de la apariencia, ya tome ésta el color de la filosofía, de la psicología, de la sociología (a través del derecho natural), o de la misma gramática. Será éste el sistema del llamado "sentido común" que, como vimos, cobrará fuerza de dogma en el siglo XIX y que, al fin, resulta ser el peor enemigo del rigor científico. Se puede poner como ejm., uno de los grandes desenlaces de esta concepción del mundo, cual fue la revolución francesa y el programa con el que llegó acompañada que sostenía fehacientemente la posibilidad concreta de poder ordenar la sociedad conforme a la razón, ya que se daba por descontado que el mundo de la naturaleza y del hombre obedecen a las normas lógicas de la razón, y más aún, de la razón matemática.

Toda esta concepción estaba regida por una categoría fundamental: la categoría "atómica", la propia de la individualidad. Átomos en física, química y psicología, individuo en el derecho natural, y así siguiendo. De este modo, conocer resulta ser, sobre todo, elaborar intelectual e idealmente sucesivas agrupaciones de átomos, olvidando sistemáticamente que las instancias reales escapan permanentemente, como arena entre los dedos, a esta cuantificación ficti-

cia y acartonada.

El ataque contra esta concepción del mundo que, como vimos, se inicia a principios del siglo XIX, se materializa desde todos los puntos y dominios, aunque desde cada ámbito se ataque no una parte, sino la totalidad de esta cosmovisión ya anquilosada.

Destaca Romero, que resulta sorprendente la unanimidad con que todas las oposiciones concuerdan; y esto resulta más extraño justamente porque cada ataque se da con total autonomía de los demás. Lo fundamental es el valor de síntomas que asumen todos ellos, en cuanto manifestaciones de una mutación acaecida en el espíritu occidental. Este fenómeno implica un cambio radical del interés intelectual.

Imposible resulta todavía llevar a cabo un balance. Pero sí es dable destacar el nuevo espíritu creador que hoy se vive, la curiosidad inquisitiva de nuestra época, canalizada en las inteligencias de los nuevos hombres que van surgiendo y que, al desenvolverse, van construyendo una nueva concepción del mundo en inéditos y exitosos intentos de aproximaciones más inmediatas y auténticas a la realidad.

Es por estos nuevos caminos que se van abriendo laboriosamente, que se destaca la noción de "estructura" como categoría filosófica y científica fundamental, entendiendo como estructura, en esta nueva forma de comprensión, el concepto de forma, de "gestalt", el cual se puede llegar a alcanzar en su intimidad, que es la de las cosas, en lugar de atravesar atropelladamente entre ellas sin profundizar en las diversas instancias reales, tratando de entender obsesivamente sólo a los últimos elementos.

Interesa sobre todo, apuntar la mira hacia el cambio de visión producido respecto a la concepción del hombre, en la sociedad y la historia.

Desde fines del Renacimiento hasta los primeros escalones de nuestra época, la doctrina histórico-social del mismo periodo fue la ciencia del átomo humano, del individuo. Esto es lo que simboliza especialmente el llamado "derecho natural". Las concepciones naturalistas, en cambio, frente a aquella concepción atómica del derecho natural, aparecen pronto en las corrientes románticas de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX: justamente en el seno del primer gran movimiento opuesto al naturalismo racionalista de la Edad Moderna, es decir, en la concepción de la historia de Herder, y luego de Hegel, en la escuela histórica del derecho. De allí en más el estructuralismo va madurando, creciendo; por distintos derroteros tanto en las concepciones teóricas como en las teórico-prácti-

cas; en el pensamiento y en la acción, ya que en lo social hay una íntima influencia recíproca entre la realidad y lo que se piense de ella, puesto que la substancia de esa realidad es el mismo hombre que la piensa.

Actualmente, toda elaboración del problema filosófico de la historia niega el racionalismo naturalista en el cual floreció como esquema categorial, el atomismo lógico.

Adhiriéndose al sociólogo Alfredo Vierkant, Romero opina que en los estudios sobre el hombre, no se debe partir de las unidades humanas que constituyen la sociedad o el grupo, sino del mismo grupo como unidad ya que la idea de totalidad, la noción de estructura, la concepción "universalista" debe predominar hoy en la concepción de lo social. Ya la sociedad no puede considerarse una simple suma de individuos.

Finaliza Romero su obra, subrayando que las parciales concepciones estructurales que hoy dominan en cada ámbito especial del conocimiento, deben sugerir al lógico, al filósofo, una cuestión general que se bifurca en un haz de problemas, como, por ejm., qué es la estructura en sí; qué distintas especies de ellas podemos localizar; cómo funcionan y cómo se relacionan con las categorías tradicionales. Estas y otras preguntas semejantes conllevan una profunda labor de atenta investigación que deberá ser un imperativo para nuestra época.

Si bien Romero no aporta mayores precisiones sobre esta nueva concepción de la realidad que orientarían más concretamente para su estudio y profundización, resulta claro que visualiza claramente la presencia en nuestros días de esta nueva cosmovisión categóricamente universalista y renovadora en su bien cimentado estructuralismo totalizante.

Aporta, por lo tanto, el autor, el señalamiento de un nuevo enfoque de la realidad, que en su permanente dinamismo, parece orientarse ahora hacia una nueva intimidad con las cosas que nos va alejando de las acepciones atomísticas y teóricas de interpretación del mundo, en boga hasta hace tan poco tiempo, a la vez que nos acerca el aire fresco de interpretaciones más sintéticas e integradoras como instrumentos para entender la complejidad siempre creciente de la realidad.

Prof. Ana María Introna